

IV - LA MUERTE DE QUIROGA



La vida de Horacio Quiroga estuvo constantemente acentuada por la muerte. Era un niño de meses, cuando su padre, al cruzar un alambrado, se descerraja un tiro escapado de la escopeta que llevaba, mientras su esposa, con el pequeño Horacio en brazos, lo mira desde unos pocos metros de distancia; casada su madre en segundas nupcias, Quiroga sufre el suicidio de su padrastro, por el cual sentía profundo afecto, que tomó la trágica decisión al quedar casi imposibilitado por una parálisis; en su juventud, el mismo Quiroga mata de un tiro, en fatal accidente, a su más querido amigo, Federico Ferrando; la primer esposa de Quiroga, Ana María Cirés, se suicida, a los pocos años de casada; suicida es Quiroga mismo, que después de haber escrito a Martínez Estrada, en carta del 21/V/1936, "he de morir regando mis plantas y plantando el mismo día de morir", concluyó su vida, toman- do cianuro, en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires, en la madrugada del 19 de febrero de 1937. Darío y Eglé, los hijos mayores de Quiroga, cie- rran esa especie de cadena es- quillana: uno y otra terminan también sus vidas suicidándose. No es extraño que la muerte sea una presencia persistente en las narraciones de Quiroga. No podían faltar las re-

flexiones sobre la muerte en la correspondencia mantenida por Quiroga en los últimos meses de su vida.

El tema es tocado en varias de las cartas escritas a Ezequiel Martínez Estrada. Pero alcanza su plenitud en la del 29/VI/1936, donde largamente expresa: "Hablemos ahora de la muerte. Yo fui o me sentía creador en mi juventud y madurez, al punto de temer exclusivamente a la muerte, si prematura. Quería hacer mi obra. Los afectos de familia no fiaban ni la cuarta parte de aquella ansia. Sabía y sé que para el porvenir de una mujer o una criatura, la existencia del marido o padre no es indispensable. No hay quien no salga del paso, si su destino es ese. El único que no sale del paso es el creador, cuando la muerte lo ciega verde. Cuando consideré que había cumplido mi obra —es decir, que había dado ya de mí todo lo más fuerte—, comencé a ver la muerte de otro modo. Algunos dolores, ingratitudes, desengaños, acentuaron esa visión, y hoy no temo a la muerte, amigo, porque ella significa descanso. That is the question. Esperanza de olvidar, aplacar ingratitudes, purificarse de desengaños. Borrar las heces de la vida ya demasiado vivida, infantilizarse de nuevo; más todavía, an-

tes de la gestación y de toda existencia: todo esto es lo que nos ofrece la muerte con su descanso sin pesadillas. ¿Y si reapareceremos en un fosfato, en un brote, en el haz de un prisma? Tanto mejor, entonces. Pero el asunto capital es la certeza, la seguridad incontestable de que hay un talismán para el mucho vivir o el mucho sufrir o la constante desesperanza. Y él es el infinitamente dulce descanso del sueño a que llamamos muerte. Yo siempre sentí (aún desde muy pequeño), que la mayor tortura que se puede infligir a un ser humano es el vivir eternamente, sin tregua ni descanso (Ashaverus). ¿Se da cuenta Ud. de un sobrevivir de mil años, con las mezquindades de sus jefes, de sus amigos a cuestas? Ah, no! La esperanza del vivir para un joven árbol es de idéntica esencia a su espera del morir cuando ya dió sus frutos. Ambas son radios diametrales de la misma esfera".

Se da, sin duda, en este fragmento, un sentimiento de la muerte muy personal y hondamente sentido. Este sentimiento se vincula estrechamente con muchos de los cuentos de Quiroga. Sus cuentos de muerte o con muerte son muchos y no es posible en esta breve nota establecer relaciones. Pero se puede apuntar una rápida observación sobre

el tema. En lo transcrito, la muerte es aceptada no sólo sin temor sino también con alegría, porque ella es un "talisman para el mucho vivir o el mucho sufrir o la constante desesperanza". La muerte se vincula así, en primer término, no con el más allá sino con el aquí de la vida. Este modo de sentir reaparece en los cuentos de o con muerte más significativos. Aunque con variantes, porque la situación de los personajes ante la muerte suele estar punzada por un aguijón de angustia, de horror o de delirio que provienen, antes que nada, de sus propias vidas, no de la visión del más allá. Recuérdese, al respecto, la angustiada agonía delirante del Subercaseaux de El desierto, cuando piensa en el desamparo en que quedarán sus pequeños hijos. Más que la angustia del más allá desconocido, los personajes de Quiroga experimentan ante la muerte una violenta proyección ante la propia vida que abandonan. El más allá es sentido como una integración a la naturaleza: reaparece en un fosfato, en un brote, en un haz de prisma. Idéntica idea aparece en el cuento Las moscas. Es un sentimiento terrenal de la muerte, con un leve tefido panteísta. Y no despojada, al fin, de contenido poético y trascendente.

ARTURO SERGIO VISO